

CELCIT. Dramática Latinoamericana 444

EL BARBERO DE SUEZ

Monologue à deux voix pour Ludo Estebeteguy
Patricia Zangaro (Argentina)

A Maximiliano “Maxi” Fernández, mi sobrino.

PERSONAJES: M (1) / F (0):

Es verano. Estoy sentado en la terraza del *Bar au Clou*. Me hubiera gustado pedir una cerveza. Sin embargo, ordené un jugo de naranja. Acabo de cumplir 23 años, y decidí hacer un cambio radical. Dejé el alcohol y el tabaco. Ahora soy vegetariano, y dos veces por semana me pongo los *rollers* y recorro de punta a punta el muelle. Lo único que no dejé es la marihuana. Fumo todas las noches. Mantiene despierta mi creatividad. Jugo de naranja. Con hielo. Hace calor. Y estoy sudando la remera. Es verde, con una leyenda que dice: *Keep the planet clean*. La luz sobre el río me encandila. Tal vez esta noche vaya al cine. Antes de pasar por el teatro. Para fumar con Pepe y Claire. Y discutir la programación de la próxima temporada. Tendría que ponerme a escribir. Pero hace calor. Y tengo la mente en blanco. Mamá se fue a Biarritz. Estará en la playa. Le gusta broncearse hasta ponerse cobriza. No le queda bien. Se llena de arrugas, y contrasta demasiado con su melena rubia. Pero a ella le encanta. Y sigue tostada hasta el invierno. Me aburro sin Santiago. No sé por qué quiso visitar a su familia en pleno julio. Hace frío allá abajo. Y las calles deben de estar desiertas. A él que le gusta tanto la noche y el ruido. El chico de la barra se le parece. Aunque es más moreno. Tiene acento sudamericano. Y unos brazos llenos de músculos y venas. Bebo un sorbo de jugo. Y ahora siento ganas de fumar. Sobre la mesa, la *laptop*. Me recuerda que tengo que escribir. En cambio, miro los mensajes. Santiago no se conecta. Veo al chico cobrando en la otra mesa, y de pronto pienso en el culo de Santiago. Desvío la mirada hacia las manos. El chico tiene dedos gruesos, y no muy limpios. Se come las uñas. El culo de Santiago en mi cabeza. Reprimo el vértigo con un trago. El jugo no está frío. Un cubo de hielo. No escribo. Me hubiera gustado tomar una cerveza. O una copa fría de *karkade*. Como las que se hacía servir Hazem después de los ensayos. El sudor caliente sobre la piel desnuda de Jean y Fabrizio. Y la bebida helada de Hazem, para calmar la fiebre de su verga erecta. El chico tiene los labios de Santiago. Una col rosada en la cara oscura. Ahora me mira. Bajo los ojos y los clavo en la pantalla. Me arden las orejas. Suena el reloj. ¿Qué hora es? Siento un agujero en el

estómago. Un vacío. El *Bar au Clou* enmudece. Apoyo los dedos sobre el teclado. Se hace negro alrededor. Pausa.

Me está mirando. El cabrón blanco no me quita los ojos de encima. No parece jugar al cazador. Tiene acné en la nariz. Y deditos de muñeca. Estará acostumbrado a pagar. Aprieto la propina en el bolsillo. Una semana más en el cuarto de Manuel. Y las sobras del bar en el estómago. No necesito vender el culo por ahora. Calor. Tengo el calzoncillo empapado. Me gustaría tomarme una cerveza. Sólo a un cabrón se le ocurre pedir jugo de naranja. Dejé el crack y los ácidos. Fue la promesa que le hice a mi mamá. Pero la cerveza no. Tomo todas las noches. Me ayuda a dormir. Y a olvidar el infierno. Ahora el cabrón mira la pantalla. La pareja de al lado ordena la cuenta. Poca gente esta tarde. Los ricos se fueron a la costa. Y los otros en la casa, al amparo del sol. Estoy sudando. Me muero de sed. Pero el patrón sólo me permite tomar agua. O un jugo, insípido, como el del cabrón que mira la computadora. Podría arrancarme el delantal, abrir una lata y mandar todo a la mierda. Siento fuego en la garganta. Me quemo. Pienso en mi mamá. Me mira desde el pasillo oscuro del departamento de Once. Tiene los labios torcidos por la angustia. Y una arruga, como un hachazo, en la frente. Le prometí: nunca más. El fuego me abrasa la lengua. Aprieto los dientes para contener la náusea. Y el hambre urgente de inhalar. La maga. Polvo en la nariz y brea en los pulmones. La maga. Vértigo. Me estoy quemando. Necesito una cerveza. Miro al cabrón. Sus ojos de muñequito blanco sobre mi boca. Respiro hondo. Uno. Dos. Tres. ¿Qué quiere? Suena el reloj. Me ensordece. El patrón advierte la mirada, y me empuja hacia la mesa. Tarde. El cabrón baja la vista. Se queda inmóvil. La cara roja. Me detengo. Estoy por preguntarle si va a pedir otra cosa. Pero no saca los ojos de su pantalla. Espero con la bandeja en alto. Como un idiota. Y de repente, el muy cabrón se pone a escribir.

El barbero de Suez. La única frase que alcancé a tipear. Miro el muelle. Una pareja corre bajo el sol. Musculosos y bronceados. Pienso en mamá, tostada en la arena de Biarritz. ¿Qué hago clavado frente a la pantalla en la terraza del *Bar au Clou*? *El barbero de Suez.* Debería haberme tomado vacaciones. Tengo la mente reseca. Tal vez si fumara... No puedo encontrarme con Claire y Pepe sin llevar algún esbozo. Recuerdo el cuadro de Bonnat. El éxtasis del muchacho entre los muslos prietos del barbero. El chico de la barra hace girar la bandeja. Siento su sudor a mi lado. El calor abrasa. Intuyo el jadeo de su boca. Una col abierta en el rostro oscuro. Veo a Santiago del otro lado del océano. Entreabre los muslos en un callejón remoto. Otra vez el vértigo. En las vísceras. La urgencia de penetrarlo a la distancia. Entrar en su carne como la navaja aguda del barbero. Todavía queda algo de jugo. El hielo se fundió en el fondo del vaso. No escribo. El sexo erguido y la letra muerta. Como Hazem, en el tablado sórdido de París. Recitábamos monótonos los versos de Cocteau mientras movíamos en su nariz el miembro tieso. Diecisiete años. El bigote imberbe. Como el muchacho del cuadro de Bonnat, que se ofrece gozoso al barbero de Suez. “Si elegiste ser degenerado, no esperes más cheques en blanco” tronó mamá. Su melena rubia azotando el aire. La amenaza nunca se cumplió. Pero yo me subí al primer tren a París. Para escapar de su casa. Paredes verdes, alfombras verdes y verdes los muebles. El fondo perfecto para su piel cobriza. Y acabé en la *troupe* de Hazem. Meneando el trasero al ritmo

de Cocteau. Hasta que me ascendió a dramaturgo, gracias a mi escaso don para el meneo. ¿Qué hora es? Voy a pasar por el banco. Tal vez mamá me haya girado un cheque desde Biarritz. Tengo que cambiar los *rollers* antes de que se rompan. Mañana quiero salir a correr. *El barbero de Suez*. No escribí otra cosa. Claire y Pepe esperan una idea. ¿Por qué pienso en el cuadro de Bonnat? Me gustaría tomar una cerveza. O una copa fría de *karkade*. La remera sudada. Es verde. Como la alfombra de mamá. Odio el verde. *Keep the planet clean*. No. Lo que odio es la alfombra. La pared, el mobiliario. Tengo mucha sed. Otro jugo. De naranja. El chico de la barra mira el río. Adivino sus muslos, bajo el delantal. Tensos, oscuros. Como los del barbero inclinado sobre el púber. Otro jugo, por favor. Miro la pantalla. Una sola frase. Ni siquiera es mía. Y un desierto en mi cabeza. Mi dedo índice, sobre la tecla. Está temblando.

El cabrón dejó de escribir. Pero se queda mirando la computadora. Y yo clavado como un poste con la bandeja en alto. Jugo de naranja. Ni siquiera terminó de beberlo. Me muero por tomar una cerveza. Tengo que esperar hasta la noche. Mientras Manuel vigila el hotel puedo beber y dormir antes de que salga el sol. No sé con qué voy a pagarle la cama. Poca gente en el bar. Y cabrones que calientan la silla con un jugo insípido. Palpo la propina en el pantalón. Alcanza para unos días. No quiero volver a vender el culo. A un cabrón blanco con deditos de muñeca. Como el que mira la pantalla. *Keep the planet clean*. Un ricacho picado de acné con aires de ecologista. Cuenta en el banco y tiempo de sobra. La tarde entera en la terraza del café. Con la manito en el teclado. Y yo sudando bajo la mirada del patrón. Parásito. Nene de mamá. Mi vieja le hubiera volado la cabeza de un sopapo. Como cuando volví perdido la primera vez. Le había vaciado el monedero mientras dormía. La noche entera girando por la ciudad. La maga. Polvo en la nariz y brea en los pulmones. Veo a mi madre al final del pasillo oscuro. Con la boca torcida y el puño alzado. “Si elegiste ser ladrón, que termines en prisión”, me auguró. Y yo seguí hasta cumplir el vaticinio. Me muero de sed. Otra vez el ardor en la garganta. La náusea. Y el hambre urgente en la boca del estómago. La maga. Respiro hondo. Miro el río. Una chica rubia cruza en bicicleta. Tiene los muslos finos y los pechos grandes. Como Lucía. Me encontró al salir de clase, acurrucado en la calesita, después de dos días de ronda. Pollerita escocesa y mocasines. Uniforme de colegio privado. De los que abundan al norte de la plaza. Tomaba una gaseosa bajo el gomero cuando me vio. Tendido junto al caballo de madera. No sé cómo no salió corriendo. Le hablé de la calle. Del odio al sistema. De la libertad. Poesía barata. Me dio el teléfono. Lucía. El cabrón me está mirando. Señala el vaso con el jugo. Por fin se dignó a pedir otra cosa. Propina doble. Ahora vuelve los ojos a su pantalla. El patrón me vigila. Tengo sed. El ardor sube. Y me quema la base de la lengua. No va a quedar otro remedio que tomar agua, con hielo. Y seguir esperando. Hasta el anochecer.

El chico llega con el jugo. Me rescata del abismo. De la pantalla en blanco. La mente embotada. Una frase en cursiva. Y la luz brumosa del cuadro de Bonnat. Que envuelve el vacío. La *djeballa* entreabierta promete la desnudez del muchacho entre los muslos del barbero. Las babuchas abandonadas en la alfombra. Señal de la entrega de sus pies descalzos. Podría ser un buen tema

para el teatro de Hazem. En lugar de *Opium* de Cocteau. Pasión y muerte en la barbería oscura. Jean y Fabrizio como el barbero y el púber. Revolcándose desnudos en el sótano de París. Mientras Hazem enfría la urgencia de su verga con una copa de *karkade*. Y yo escribo a su lado el libreto. Tan sórdido como su mano que hurga mi entrepierna. Pienso en Santiago. ¿Por qué sigue en el sur, en el confín del mundo? Ni siquiera me ha enviado un mensaje. No sentiría esta náusea si estuviera conmigo. Miro el muelle. El sol de la tarde calcina el asfalto. ¿Qué voy a leerles a Claire y Pepe esta noche? Tengo sed. Pongo más hielo en el jugo. El chico de la barra se desabrocha la camisa. Intuyo el sudor en su piel morena. Podría invitarlo al cine. O a fumar después de la reunión en el teatro. Esa boca, como una col abierta, lo delata. Se habrá arrodillado más de una vez entre las piernas de un hombre. Si no por gusto, por dinero. ¿Mamá habrá hecho el giro desde Biarritz? Su avaricia crece como las arrugas de su piel cobriza. El día que escriba un éxito voy a librarme de su chequera. Y de sus alusiones mordaces al uso indebido de mi culo. No me perdona mi infausto fin en la capital. Demorado en una celda maloliente. Bajo el cargo de “lesiones graves a director de teatro transgresor.” Mamá pagó a disgusto la fianza. Con la que Hazem retiró la denuncia y montó un nuevo espectáculo. Tan inmundo como todos, pero sin mi dramaturgia. Y yo tomé el tren de regreso. Sin ninguna gloria. El calor me asfixia. Siento ganas de fumar. Una urgencia en la boca del estómago. Tengo que escribir. Nadie espera de mí una página notable. Pero un esbozo, un bosquejo. Un guión previsible. No esta nada. Este páramo. Este agujero en mi cabeza. La luz mortecina del cuadro de Bonnat. El caldero con fuego en el fondo. Miro el sol sobre el río. Una mano en la frente. La otra en el teclado, inútil.

Trago el vaso de agua fría que me extiende con desgano el patrón. El líquido helado me perfora las entrañas. Alcanzo la mesa del cabrón lechoso para servirle el jugo y camino dos pasos hacia el muelle. Me arden las tripas. La maga. Me asfixio bajo el sol. Ya no veo a la chica en bicicleta. Estará bajo la ducha en algún departamento sobre el río. Oscuro y fresco. Como el de Lucía. Me llevó a escondidas una tarde. Entramos al living y se tendió en el sofá. Yo hundí la cabeza entre sus muslos. Hasta que anocheció. Siento urgencia de inhalar. La maga. Polvo en la nariz y brea en los pulmones. Empecé a vender. Billeto fácil y regalos caros. Carteras, relojes, perfumes, celulares. Todo para envolverme entre las piernas de Lucía. Cerrar los ojos. Y ahuyentar el infierno. Poesía trillada. El aire quema. Me desabrocho un botón. Estoy sudando. Siento la mirada del cabrón sobre mi boca. ¿Qué busca? Ya no escribe. La mano sobre el teclado, inmóvil. Imagino sus dedos de muñeca palpándome el culo. Aprieto la plata en el bolsillo. Todavía me quedan unos días. Quizá en una semana me siente a su mesa. Y le acepte una cerveza para desafiar al patrón. Mandar todo el diablo. Meterme en su cama. Vivir a su costa. De nuevo la mueca de disgusto de mi madre. Asomada a la puerta del departamento de Once. Las manos con olor a detergente. Y la arruga como un tajo en el ceño. Le hice una promesa. No perderme más. Fue después que me denunció el degenerado. Me había comprado una buena suma. Ácidos y crack. Lo de costumbre. Pero esa vez, al deslizarme el fajo en el pantalón, sin pedir permiso se puso a manosearme. Le clavé la navaja entre las piernas, y lo dejé boqueando sobre la alfombra. Vinieron a buscarme por la mañana. Me volví hacia mi madre antes de subir al patrullero. Vi su boca torcida al fondo del

pasillo. Entonces le prometí: nunca más. Si el degenerado hubiera muerto, todavía estaría enjaulado. Allá al sur, donde termina el mundo. En lugar de estar tras esta reja. Que separa el *Bar au Clou* del río. Siento en mi espalda la mirada del cabrón. ¿Querrá pedir otra cosa? No. Él también mira el agua. Se pasa una mano por la frente. Y la otra sigue quieta, hace rato. Debe haberse aburrido de escribir.

El barbero sostiene la cabeza del muchacho entre sus muslos. Una mano de uñas sucias lo sujeta por las sienes. La otra empuña la navaja bajo la boca. Una col rosada entreabierta. Los ojos del muchacho salen del lienzo. Miran de frente al espectador. En un éxtasis que es también abandono. Y desafío. La mirada incomoda. Perturba. Como la del chico del bar. Que ahora me espía con interés. Con una atención que lejos de halagarme me estremece. ¿Qué maquina? Estoy sudando. Vértigo. Y un agujero en el estómago. El dedo, sobre el teclado, tiembla. Busco el jugo. Sorbo y miro el sol sobre el agua. Es julio y estoy en la terraza del *Bar au Clou*. Tengo 23 años, soy vegetariano y mi mamá se broncea en Biarritz. Y aunque Santiago se pierda en un callejón remoto, pronto va a tomar el camino de vuelta. Es cierto que Claire y Pepe esperan que escriba. Y que en mi cabeza hay un vacío. Pero esta noche fumo en el teatro. Y recupero mi creatividad. Otra vez el mareo. Un puño frío en el vientre. Náuseas. La mano de Hazem en mi entrepierna. Me hurga mientras busco el final de una estrofa. La mente en blanco y una piedra en la garganta. La mano oprime, veja, martiriza. Y apura el verso que vomito. Veo la risa de Hazem. La hilera de dientes bajo el bigote oscuro. Intenta mofarse repitiendo el verso, pero una carcajada lo sacude y se retuerce. La burla de Hazem, doblado en dos, como el barbero sobre el púber. Y la rabia crispándome los huesos. Fue entonces que rompí la jarra de *karkade*. Y ahogué el escarnio partiéndole la boca. *El barbero de Suez*. La frase titila en la pantalla desnuda. Una línea que no me pertenece, y mi mano, estéril, sobre el teclado. El chico de la barra no me saca los ojos de encima. Mi aspecto debe de ser calamitoso. Transpirado, pálido e inútil frente a la computadora. Tal vez sólo le interese mi billetera. Franquearía las puertas de su culo moreno. Pero en los labios, como una col abierta, presiento una amenaza. ¿O es la mirada, que inquiere y que provoca, como la del muchacho del cuadro? Ahora fuerza una sonrisa, y en esa mueca revive la sorna de Hazem. El desprecio por mi figura, impotente y ridícula en la soledad del bar. Una furia rancia me revuelve las tripas. Me asfixio. Cierro de un golpe la *laptop*. Y empujo hasta el fondo el jugo de naranja.

El cabrón tiene la mirada perdida. Aunque parezca que está observando el río. Me muevo apenas delante de sus ojos. Pero siguen quietos, ausentes. Estará recordando alguna cochinada. Una tarde de siesta con sus mariposones. ¿Escribirá sus memorias? Podría meterle la mano en el bolsillo, arrebatarse el bolso sin que se diera cuenta. Andaría en la calle un día entero, despilfarrando el botín en los bares, rayando la puerta de los autos, pellizcando a las gringas en las nalgas. Ahora me mira. El cabrón advierte que lo estudio y aparta los ojos, perturbado. Busca el jugo, sorbe, está nervioso. Al degenerado no le di tiempo de asustarse. Apenas sentí que me palpaba le rasuré las plumas. Marica roñosa. Venir a manosearme sin permiso. A mí no me toca nadie. Y si de vez en cuando tengo que abrir el culo es por necesidad.

Prefiero manotear la billetera antes que el miembro de un cabrón lechoso. Como el muñequito de la remera verde. Un vago con pretensiones que debe de escribir inmundicias. Estoy sudando. Otra vez el frío en el estómago, y un fuego en la lengua. La maga. Podría sacarle el bolso, arrancarme el delantal e irme. La maga. Me asfixio. Una sed, urgente, de inhalar. Veo a mi mamá en el pasillo oscuro. Le hice una promesa. La maga. Polvo en la nariz y brea en los pulmones. Nunca más, le dije, antes de subir al patrullero. Si el degenerado hubiera muerto seguiría en el pozo. Rompiéndome los puños contra la pared. Tuve suerte. Salí con pasaporte y sin prontuario. Fue el padre de Lucía el que me sacó. Con la condición de hacerme humo. Me despachó en un avión, sin pasaje de vuelta. Y aquí estoy, pudriéndome bajo el sol por un jornal mugriento y durmiendo la mona en un colchón de alquiler. Mano de obra barata, eso es lo que soy, un esclavo, *sale immigré, racaille*, basura, escoria. Sin otro destino que revolcarme en la mierda o volver a perderme y terminar en la jaula. El cabrón me está mirando. Me habrá adivinado el pensamiento. Porque se lleva la mano al bolsillo, y palpa la cartera. Está pálido, transpira. Los deditos de muñeca, y la nariz con acné. Los ojos fijos, con avidez, en mis labios. Una presa fácil, si quisiera aprovecharme. Sentarme a su mesa, largarme del bar, vivir a su costa. Me hace reír. Tan ridículo, con sus aires de escritor y la remera que dice: *Keep the planet clean*. Monigote. ¿Se dará cuenta de que me causa risa? Parece ofendido. Cerró la computadora, está furioso. Y apura de un trago el jugo de naranja.

Ahora me mira intrigado. La rabia en mis ojos le congela la risa. Aprieto los puños. Podría partirle en dos la col rosada. Atrevido. Ignorante. ¿De qué se mofa? A mí nadie me toma por bufón. Conozco muy bien a esta gentuza. Presumen de machos pero rifan el culo a cambio de un billete. Cuando pague la cuenta voy a manotearle el miembro. Una propina jugosa y me lo llevo a casa. Lo arrojo en la alfombra hasta saciarme. Hasta borrar de sus labios esa mueca burlona. Sería mejor que prolongar este hastío en la terraza del bar. Condenado a mi impotencia ante la pantalla vacía. Apretar al sudamericano entre los muslos y esquilarlo como el barbero al púber. Obligarlo a mirarse extasiado en el espejo, desafiante e inquieto frente a la navaja. Después armar un cigarrillo. Y fumar mientras el techo verde se va poniendo oscuro. No responder si mamá llama desde Biarritz. Ni avisar a Claire y Pepe que no voy al teatro. El chico desnudo sobre la alfombra verde. Tan parecido a Santiago, pero más moreno. El sol sigue alto sobre el río. Siento la remera pringosa sobre la piel. Me gustaría tomar una cerveza. Emborracharme. Cerrar los ojos. La mente en blanco. Dormir. De nuevo el frío en el estómago, la náusea. Respiro hondo, uno, dos, tres... Pasa patinando un hombre joven. El reflejo sobre los *rollers* flamantes me encandila. Voy a ir al banco antes de que cierre. Mañana tengo que salir a correr. Guardo en la funda la *laptop*. Hago una seña al chico, que me sigue espiando. Asiente con un gesto imperceptible, se dirige al patrón, y luego viene hacia mí. El paso resuelto, la mano extendida, con la cuenta. El *Bar au Clou* vacío. Negro alrededor. Silencio.

El cabrón me mira como si quisiera pegarme. ¿Qué le pasa? Igual que el degenerado. Primero te provocan y después se hacen las víctimas. Conozco muy bien a estos copetudos. Creen que con un billete pueden usarte como

quieran. Llevarte a su casa y ponerte a sus pies. Para que los sobes hasta que se harten. Alguno te ofrece un trago, o marihuana. Los otros te abandonan sobre la alfombra. Y no se dejan ver hasta que juntaste la ropa para irte. Dan ganas de patearlos en el culo. De hundirles la navaja en el hocico. Y de desvalijarles la cueva. El cabrón cerró los ojos. La cara llena de acné, fruncida. No sé qué estará tramando, pero si quiere guerra va a encontrarme. Lo sigo, le rompo el cuello sobre la alfombra y lo desplumo. Al diablo el patrón y la cama roñosa de Manuel. A recorrer los bares, a hincharme de cerveza, a buscar a la maga. Polvo en la nariz y brea en los pulmones. Mi madre mira desde el pasillo de Once, con la arruga que le parte el ceño como un tajo. Tiro la promesa a la basura. La maga. Polvo, brea y plata fácil. Para ganar una mujer como Lucía. Pechos grandes y muslos finos. Como la que pasea en bicicleta. El reflejo del sol en el manubrio. Me quemo. Otra vez el frío en las tripas y un fuego en la boca. Me estoy ahogando. Respiro hondo. Aprieto la propina en el pantalón. Uno, dos, tres... Todavía me queda una semana. Si aguantara hasta la noche podría beber y conciliar el sueño... Ahora el cabrón lechoso mira el muelle. Pasa un maricón con *rollers*. El cabrón guarda la computadora. Por fin se decidió a irse. Me hace señas, con los deditos de muñeco. Camino hasta el patrón, y luego me acerco, el gesto mudo, con la cuenta. No hay más clientes esta tarde. En el *Bar au Clou*. Vacío.

FIN

Correo electrónico: patricia.zangaro@gmail.com

Edición a cargo de Virginia Curet. Correo electrónico: virguret@gmail.com
Todos los derechos reservados
Buenos Aires. (2017)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar